

textos y documentos

El diario de 1861 de Margarita Caro Tobar (Bogotá, 1848-1925): crónicas de la guerra*

The 1861 diary of Margarita Caro Tobar (Bogotá, 1848-1925): chronicles of war

Paula Andrea Marín Colorado

Universidad de Antioquia (Colombia)

paula.marin2@udea.edu.co

ORCID 0000-0002-9930-4500

Recibido el 7 de marzo de 2025

Aceptado el 20 de septiembre de 2025

BIBLID [1134-6396(2025)32:2; 647-668]

<http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v32i2.33032>

1.—Introducción

Margarita Caro Tobar (Bogotá, 1848-1925), luego Margarita Caro de Holguín, perteneció a una de las familias más importantes de Colombia durante la segunda mitad del siglo XIX e inicios del XX. Fue hija de uno de los fundadores del partido conservador colombiano (José Eusebio Caro), primera dama de la nación como esposa de Carlos Holguín —presidente del país entre 1888 y 1892—, hermana de otro de los presidentes e intelectuales más sobresalientes del país —Miguel Antonio Caro— y madre de políticos y diplomáticos —Hernando Holguín y Álvaro Holguín—, de otra primera dama, Clemencia Holguín, casada con Roberto Urdaneta y de la considerada como primera mujer artista profesional del país: Margarita Holguín y Caro (1875-1959).

En 2023, hallé el manuscrito de un diario de Margarita Caro, de 1861, cuando tenía 13 años, en el Fondo Holguín y Caro (FHC, Caja 44) de la Biblioteca Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo (Bogotá). Se trata de un texto inédito de 38 hojas sueltas sin foliar ni catalogar (al igual que casi todo el Fondo)¹, escrito en

* Este artículo es resultado del proyecto de investigación “Mujeres y cultura escrita en el siglo XIX colombiano: las escrituras personales de Margarita Caro Tobar (1848-1925) en el archivo de la Familia Holguín y Caro”, desarrollado gracias a la financiación del Fondo de Apoyo al Primer Proyecto de Profesores de la Universidad de Antioquia. Código SIIU 2024-69462.

1. El formato de estas hojas es de tamaño tabloide (27 × 42 cm) doblado por la mitad, escrito por los cuatro lados (cada uno aproximadamente de tamaño carta: 21 × 27 cm). Hay hojas individuales, del mismo tamaño carta, escritas también por ambos lados.

letra cursiva spenceriana, con pluma de ave² y en tinta negra, que registra los hechos ocurridos antes, durante y luego de la toma de Bogotá (18 de julio de 1861) por Tomás Cipriano de Mosquera durante la Guerra de las Soberanías. Hasta la fecha de escritura de este texto —febrero de 2025—, este diario era desconocido.

Margarita Caro Tobar Ibáñez —nombre con el que firma su manuscrito—³ empieza a tomar nota de todo lo que ve y, sobre todo, de lo que escucha de las personas con quienes vive y visitan la casa, ubicada en la parroquia La Catedral, hoy barrio La Candelaria, a pocas calles de la Plaza de Bolívar⁴, durante esos meses en los cuales Tomás Cipriano de Mosquera, entonces gobernador del Estado del Cauca, decidió tomarse Bogotá (Bermúdez, 1993: 3) para derrocar al gobierno conservador (centralista), bajo la presidencia de Mariano Ospina Rodríguez, y reclamar el poder para los liberales (federalistas). Fue el episodio central de lo que se conoció como la Guerra de las Soberanías (1860-1862), una de las tantas guerras civiles que vivió el país en el siglo XIX —la única que ganaron los rebeldes y la que menos les ha interesado a los historiadores (Uribe y López, 2008: 17)— y tras la cual se daría comienzo al período del Olimpo Radical, con la Constitución de Rionegro (1863) y el establecimiento de los Estados Unidos de Colombia. Tomarse Bogotá significaba técnicamente la victoria para los federalistas, que llegaban a la ciudad tras ganar batallas en algunas regiones del país adeptas al gobierno centralista y que, para septiembre, ya eran triunfantes en prácticamente todo el territorio nacional, aunque la guerra se extendió por un año más.

2.—*El diario-crónica de 1861*

Llevar un diario era una actividad extendida en el siglo XIX y para la clase social de Margarita Caro⁵, más aún si era educada con preceptores en casa (Lejeune,

2. Las escuelas de primeras letras, en las nacientes repúblicas hispanoamericanas, adoptaron la bastarda española (itálica), “cada vez con rasgos más cursivos, como la letra de uso común” (Bello, 2016: 24). Para mediados del siglo XIX, la bastarda española se cambia por la cursiva inglesa (Copperplate) y la spenceriana. La caligrafía Spencer debe su nombre a su creador: el estadounidense Platt Rogers Spencer, quien, en la década de 1840, simplificó la letra inglesa o Copperplate y desarrolló el método para aprender una caligrafía cursiva de tipo ovalado, para escribir más rápidamente y de forma legible y, a la vez, elegante.

3. Ibáñez era el segundo apellido de su padre José Eusebio, hijo de Nicolasa Ibáñez.

4. Sobre la ubicación de la casa, la referencia más precisa que aparece en los diarios de Margarita Caro es la cercanía a la Iglesia del Carmen, ubicada entonces y hoy (reconstruida en el siglo XX) sobre la carrera 5, entre las calles 8 y 9. Otra referencia es la que ofrece Víctor Caro sobre la casa natal de su padre Miguel Antonio: calle 9.^a o de San Alberto, entre carreras 6.^a y 5.^a (Caro, s.f.: 6), que coincide con los datos de los diarios.

5. Como resultado de su investigación sobre diarios en Francia, Lejeune (2009) cuenta que, desde finales del siglo XVIII, las jóvenes solían llevar diarios y que, desde 1860, las familias solían

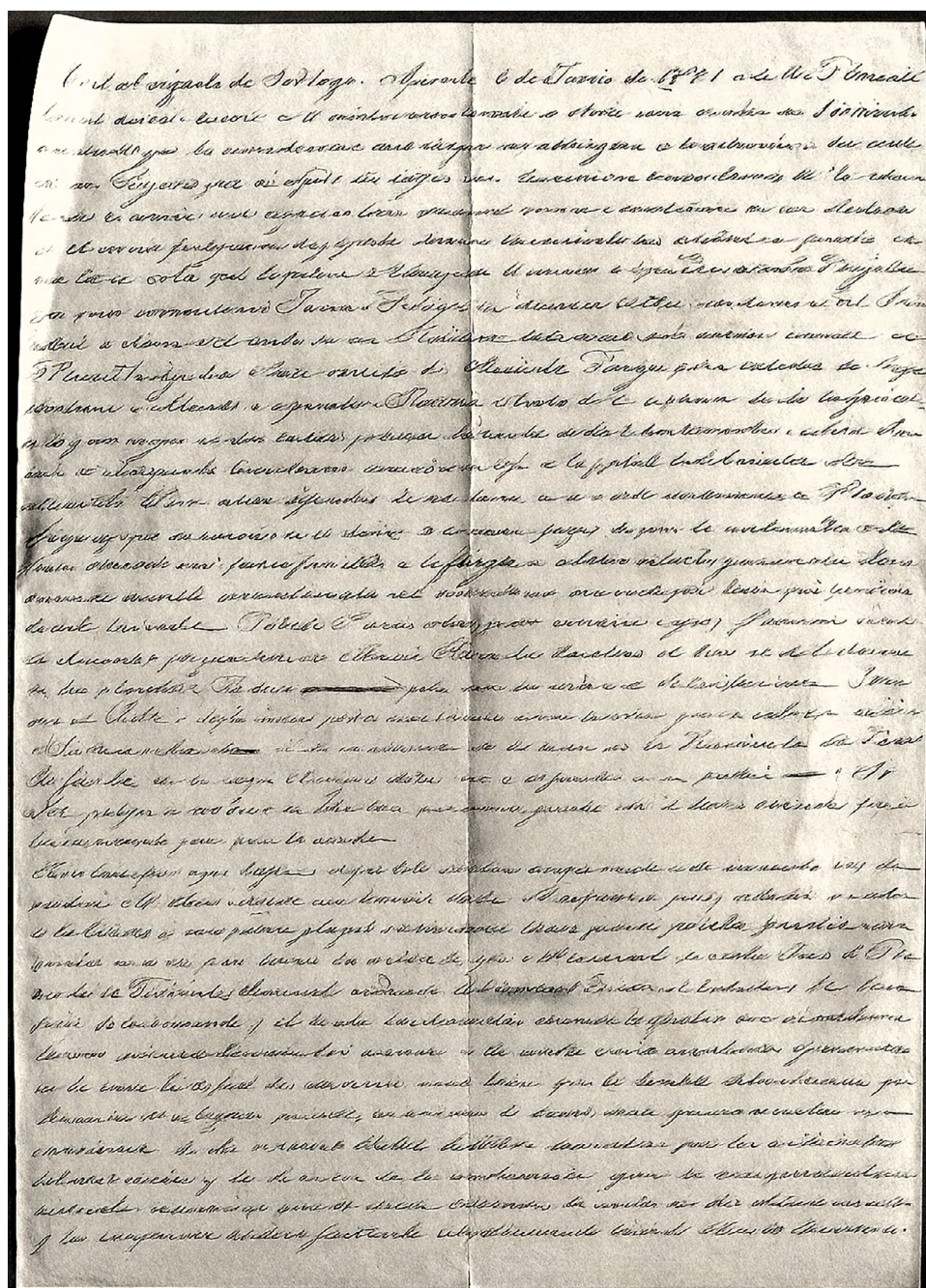


Figura 1. Primera página del manuscrito del diario de Margarita Caro de 1861.
Fondo Holguín y Caro. Caja 44. Fotografía propia.

2009), como fue su caso. Para Phillipe Lejeune, el diario puede cumplir cuatro funciones: expresar, reflexionar, congelar el tiempo y ser un laboratorio escritural (Lejeune, 2009). De acuerdo con ellas, considero que en el diario de Margarita Caro de 1861 confluyen las dos últimas. La conciencia que organiza todo el diario es la de congelar el tiempo, pero junto a ella está la conciencia de una escritura que quiere ser, más que diarística, también literaria. La función que predomina en el diario es la de la memoria y las otras la complementan: Margarita es testigo de su tiempo, manifiesta una voluntad escritural, expresa su desesperación sobre la situación política del país y reflexiona sobre los desmadres de la guerra.

Como es bien sabido, no era fácil para una mujer del siglo XIX, aunque fuera de una clase social privilegiada, apropiarse de la práctica escritural. Esto dependía, en buena parte, de la voluntad de los padres de brindarle educación a la hija. Afortunadamente, en el caso de Margarita, se confirma el hecho de que para las élites era importante la instrucción de las mujeres, con el objetivo de hacerlas buenas esposas (Espitia, 2017: 14). Si bien su padre muere cuando ella tenía cinco años, su educación estuvo a cargo de su madre y de su abuelo materno Miguel Tobar Serrate (senador, director de Instrucción Pública y Ministro del Tribunal de Justicia), quien, según testimonio de Marco Fidel Suárez, contrató al “profesor Steevens, [para] colabora[r] en la educación de los niños Caros” (1925: 8). Tobar Serrate muere en 1861, cuando Margarita tiene 13 años; ese mismo año ella recibe clases del señor Fouret —según consta en el diario de 1861 (Caja 44, FHC)— y del señor José Caicedo Rojas en casa (carta a Nicolasa Ibáñez del 1 de octubre de 1861, Caja 25, FHC). Margarita y sus hermanos pudieron disfrutar, además, de la “espléndida” biblioteca del abuelo (Caro, V., s.f., 7). Al analizar las referencias a obras literarias y títulos de libros que aparecen en los diarios de Margarita, es evidente que la suya fue una biblioteca católica en la que estaban muy presentes, además de los libros de instrucción católica, escritoras y escritores románticos españoles y franceses, cercanos al catolicismo⁶.

El diario de 1861 de Margarita Caro reúne el relato de los hechos transcurridos entre mayo y octubre de ese año (sobre todo, los de junio y julio), en un *crescen-*

publicarlos total o parcialmente, es decir que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, hubo un circuito editorial para los diarios, como lo demuestra el hecho de que Margarita Caro refiera la lectura de uno muy leído en la época (según la misma investigación de Lejeune): *Le récit d'une soeur* (Caja 44, FHC), de Pauline de La Feronnays (esposa de Augustus Craven). No obstante, los diarios íntimos de mujeres no hicieron parte de la cultura impresa colombiana de la segunda mitad del siglo XIX, solo lo hicieron los diarios militares de autoría masculina; sí de la cultura escrita, como se evidencia aquí.

6. Gilberto Loaiza Cano concluye que “durante la segunda mitad del siglo XIX [en Colombia], el número de lugares de venta del libro católico superó aquel de los lugares de difusión de una literatura mayoritariamente laica” (2009: 37). En esos lugares de venta, se privilegió, además de los catecismos de instrucción católica, “las expresiones literarias relacionadas con la difusión de la fe cristiana [...]”. El predominio de autores españoles y franceses fue bastante evidente” (Loaiza, 2009: 44-45)

do del conflicto y de su violencia, cuyo punto más álgido son los días de julio. Margarita comenzó y terminó varios relatos en el período mencionado, señalando muy bien las fechas de inicio y final de la escritura, en cada caso, y, si bien denominó “diario” a estas narraciones testimoniales —como lo hizo la mayoría de sus contemporáneos y que también incluye un texto reflexivo sobre la ingratitud y oraciones compuestas por Margarita—, se trata más de una serie de crónicas (a manera de relaciones de sucesos) que procuran resguardar la memoria de esos días en los que todo ocurría muy rápido, en los que muchas personas entraban y salían de la casa, y en los que esta sirvió de refugio para algunos hombres que la usaron como escondite, mientras huían de las rondas que se hacían en la ciudad por órdenes de Mosquera⁷.

Aunque encontremos en este diario de niña temas religiosos católicos, no serán cuestiones asociadas al sufrimiento interior que no se puede expresar libremente, sino, sobre todo, a los sentimientos de indignación y rabia dirigidos hacia personas y hechos, y expresados abiertamente en la escritura. El otro gran tema de este diario es el patriotismo, aunque, como veremos, ambos están imbricados. Cada una de las crónicas recoge sucesos puntuales o historias escuchadas en casa; la más extensa de ellas es la del día en que su hermano Miguel Antonio y su tío Venancio salen de la casa y se demoran en regresar; esto, por supuesto, produce una alta conmoción en toda la familia, sobre todo, en Blasina, quien no puede dejar de pensar en que también por un enfrentamiento entre liberales y conservadores perdió a su esposo y no quiere perder a un hijo por la misma causa.

A pesar de que Margarita Caro introduce algunos detalles sobre lo que ella hace durante esos días, todo está en función de los sucesos que ocurren en el interior de la casa y, sobre todo, fuera de ella y cuyos ecos recibe adentro. Ella es parte de un colectivo y es la memoria de este colectivo familiar y vecinal la que procura registrar. No se trata, pues, de un texto sobre el mundo interior de quien escribe, como sí lo es, en gran medida, el otro diario de Margarita, correspondiente al período 1867-1869 (Marín, 2025), sino de un testimonio cuya forma escritural es la de la crónica. Esto convierte al diario de 1861 en un documento único de una guerra que, si bien ha sido narrada por quienes hicieron parte de los ejércitos enfrentados⁸, no había sido conocida desde la visión de una niña de trece años ni

7. Los títulos de estos diarios-crónicas son: “Acontecimiento curioso”, “Diario circunstanciado del desgraciado i para siempre horroroso 18 de Julio de 1861 en que triunfaron los rebeldes acaudillados por el ex Jeneral T C. de Mosquera”, “Recuerdos del desdichado 19 de Julio de 1861”, “Recuerdos del triste desgraciado 19 de Julio de 1861”, “Historia de la guerra”, “Diario de la guerra i pensamientos sobre la ingratitud”, “Cuatro renglones en recuerdo de los Padres de la Compañía de Jesús”.

8. Como Felipe Pérez (*Anales de la revolución escritos según sus propios documentos*), Ángel Cuervo (*Cómo se evapora un ejército*), Carlos Arturo Díaz (*Mariano Ospina y la invasión de Santander*), Tomás Cuenca (*Notas sobre la campaña de 1861 y pensamientos*), Sergio Arboleda

desde el espacio doméstico. Con este diario, Margarita se posiciona como un sujeto político que demuestra una detallada comprensión de los sucesos de la época y un conocimiento de sus protagonistas, y ejerce su derecho ciudadano de expresar sus ideas, como lo han hecho tantos hombres y algunas mujeres en el marco de las guerras, a través de documentos oficiales y públicos o, como en este caso, de escrituras personales (Lerma, 2024: 164). Estas han sido más cercanas a la experiencia de las mujeres, quienes han sido excluidas mayoritariamente —quizá por fortuna, hasta hace muy pocos años— de la participación directa u oficial en los enfrentamientos armados.

Informarse y hablar de la política eran prácticas concomitantes a la dinámica familiar de los Caro, desde que el padre de Margarita, José Eusebio Caro, comenzó a ser congresista. Sin embargo, al contrario de lo que sucedía con los hombres, la expresión exaltada de las emociones políticas no estaba permitida a las mujeres, así como tampoco participar en las decisiones políticas del país, ser figuras públicas en la política ni acceder fácilmente a la escritura pública, a la cultura impresa. Además, sobre ellas caía el mandato de mantener la paz del hogar (la que no estaba en las calles) (Bermúdez, 1993, 123). Esto no impedía, sin embargo, que tuvieran su propia opinión sobre los sucesos, que construían, en el caso específico de Margarita, a través de la lectura asidua de periódicos y de la participación en las tertulias que se llevaban a cabo regularmente en su casa, con la visita de intelectuales y políticos del país. De acuerdo con la investigación de Murray, las mujeres de la élite colombiana de mediados del siglo XIX (especialmente, la conservadora) organizaron clubes políticos, tomaron parte en manifestaciones contra las políticas radicales liberales y participaron abiertamente en campañas electorales (2009: 56).

Con el diario de 1861, Margarita Caro se inscribe dentro de la tradición autobiográfica colombiana que, según Patricia Londoño y Mario Jursich, comienza a ser conocida a mediados del siglo XIX y ha tenido como temas más presentes las guerras civiles (1995: 145-147). Solo el 10% de estos textos autobiográficos —de 376 títulos en total— ha sido escrito por mujeres. Así, este diario de Margarita sería, junto con el de María Martínez de Nisser, *Diario de los sucesos de la Revolución en la provincia de Antioquia en los años de 1840-1841* —único diario de guerra, escrito por una mujer en Colombia durante el siglo XIX, que se conocía hasta ahora—, una de las excepciones a esta tradición autobiográfica colombiana (masculina) de la guerra, escrita, sobre todo, por militares, políticos, comerciantes

(*Diario de operaciones del ejército del sur de la Confederación granadina 1860-1862*) y José María Quijano (*Diario de la guerra civil de 1860 y otros sucesos políticos*), quien relata los hechos desde Bogotá, al igual que Margarita; está también el libro de José María Cordovez Moure (*Reminiscencias. Santafé y Bogotá*), quien, aunque no fue protagonista de la guerra, recoge en este libro sus memorias de este y otros hechos también desde Bogotá. Para un análisis de estos testimonios (todos editados en el siglo XIX o en el XX), ver el libro de María Teresa Uribe y Liliana López (2008).



Figura 2. Fotografía de Margarita Caro Tobar Ibáñez a los 13 años. Fuente: *Los Caros en Colombia* (Margarita Holguín, Bogotá: Editorial Instituto Caro y Cuervo, 1953).

y misioneros —según los datos de Londoño y Jursich (1995: 143)—, quienes, en el siglo XIX, acudieron a “la práctica autobiográfica como forma de escritura de la historia republicana” (Hensel, 2023: 41). El diario de Margarita Caro, además, demuestra una alta conciencia de su labor escritural y memorialista, como trataré de explicarlo más adelante.

El diario comienza —según su ordenamiento actual en el archivo—⁹ con una ironía. El gobierno de Mariano Ospina Rodríguez había hecho un llamado a todos los hombres para que colaboraran en la defensa de la ciudad y en la vigilancia de los presos que habían empezado a llegar de todas las regiones del país. Venancio (tío de Margarita), afiliado al partido conservador, era uno de estos hombres que había atendido el llamado. Margarita recurre a este hecho para contrastarlo con la presencia de un visitante asiduo en su casa: el intelectual José María Vergara y Vergara, quien, pese a que tradicionalmente se afilia con el partido conservador, ella asocia con el partido liberal¹⁰. Mientras que en el relato construido por Mar-

9. Actualmente y como parte de este mismo proyecto de investigación, Margarita Valencia se encuentra preparando la edición de este diario. La primera acción de este proceso, luego de la transcripción, fue la reorganización cronológica de los relatos que componen el diario.

10. Al parecer, no resulta fácil definir la afiliación política de Vergara y Vergara, pues su par-

garita los conservadores martirizan y tiranizan, y los liberales son las víctimas (según la imagen construida por los liberales como justificación para la guerra de ese momento)¹¹, la ironía reside en el hecho de que el rojo-liberal está tranquilo departiendo en casa de conservadores y los liberales dirigidos por Mosquera asedian la ciudad, martirizan y tiranizan a los conservadores. Este sentido será acentuado por Margarita en las páginas siguientes del diario¹².

Tres de los hechos referidos evidencian la inclemencia del ejército de Mosquera con sus opositores o con quienes no cumplan sus órdenes, de acuerdo con el énfasis que quiere darle Margarita a su narración. El primero de ellos es la detención y asesinato, sin juicio previo, de “don” Plácido Morales (prefecto de Bogotá), “el doctor” Andrés Aguilar (intendente del Estado de Cundinamarca) y el coronel Ambrosio Hernández, llevados a la Huerta de Jaime —hoy Plaza de los Mártires— y cuyos cadáveres fueron aplastados por la caballería liberal¹³. El segundo hecho es el referido a un hombre asesinado por otro, por no querer gritar una arenga a favor del partido liberal. El tercer hecho tiene como protagonista al mismo Mosquera, apodado Mascachochas por sus adversarios, por las muecas y sonidos que hacía al hablar, luego de recibir un disparo que le destrozó la mandíbula (reconstruida luego en plata); Mosquera amenaza de muerte a un “rojo” que se atreve a contradecir su orden de seguirlo.

En estas escenas, hay una voluntad en Margarita de enfatizar en el sufrimiento de las víctimas, en otorgarles una fisonomía, de que no permanezcan como simples muertes anónimas. Para ella, es tan importante hablar de las víctimas provenientes de los jefes militares y civiles, como de aquellas personas comunes que caen en las calles. Esta particularidad distancia el relato de Margarita del grueso de testimonios sobre esta guerra, en los que, según Patricia Cardona (2022), se enfatiza en mostrar más a los jefes militares como héroes (161). De acuerdo con la misma autora, en esta guerra surge una nueva sensibilidad frente a los sucesos bélicos que llevará a que se apruebe el Artículo 91 de la Constitución Política de 1863, el “derecho de gentes”, el cual tuvo como objetivo regular las prácticas de guerra,

tipificación en la vida política del país fue tangencial respecto a su actividad intelectual; sin embargo, las semblanzas sobre él coinciden en manifestar que tuvo diferencias con uno y otro partido y que, especialmente, para la época de 1861, los conservadores lo veían con sospecha por sus críticas ante las acciones del gobierno y, a su vez, esto le hizo ganar simpatía entre los liberales (ver Carlos Martínez Silva: https://repositorio.unal.edu.co/bitstream/handle/unal/2008/jose_maria_vergara_y_vergara.pdf?sequence=6&isAllowed=y. Consultado el 28/02/2025).

11. Quizá referida a la pugna histórica entre liberales y conservadores o al hecho que dio paso a la Guerra de Soberanías: las leyes sancionadas por el gobierno central conservador que los liberales federalistas sintieron como atropellos a la autonomía de las regiones.

12. A inicios de 1862, la familia Caro Tobar recibirá la noticia de que Zoila Cabrera tenía orden de destierro, junto con otras mujeres y hombres de varias familias de la ciudad, de filiación conservadora (Quijano, 107).

13. Este hecho es recogido en otros documentos de la época (Uribe y López, 2008: 24).

para actuar con más clemencia frente a los opositores y buscar la reconciliación entre bandos enfrentados.

Más allá de que las tres escenas recreadas por Margarita Caro reiteren las “furias de la política” y las “emociones tristes” que desatan (García, 2023: 22), la polarización que ha signado la historia de Colombia (primero, entre liberales y conservadores y, a partir de la década de 1960, entre izquierda y derecha), me interesa señalar en ellas la mediación de la religión católica en la construcción del discurso patriótico de ambos partidos políticos. La relación entre catolicismo y patriotismo no está solo en el discurso de Margarita Caro; podemos verla también en los diarios de Martínez de Nisser y de Quijano, es decir, es un tópico común en la época y se deriva del desarrollo que tuvo el discurso patriota desde la Independencia (del “amor” al Rey al “amor” a los héroes, mártires de la patria). El discurso católico traspasó la Colonia, las luchas independentistas e hizo parte de la vida republicana. De esta manera, “los discursos cívicos, sin perder algunas de las características de los sermones religiosos, trasladaron su centro de atención a la exaltación de los héroes y al fortalecimiento del sentimiento amoroso hacia la patria” (Zárate, 384). Sin embargo, no solo fue la forma, sino el contenido religioso el que se trasladó a estos discursos patrióticos, en este caso, poniendo a Dios a favor de un partido y en contra de otro. Quijano, Martínez y Caro, los tres de filiación conservadora, ponen en manos de su Dios el destino de la patria. Para todos ellos, el enemigo de Dios son los liberales y la causa justa que apoya este mismo Dios es la de los conservadores, pues son ellos quienes más defienden su “ley eterna”, la única que puede instaurar la paz y el orden duradero en la república (Cardona, 2022: 168). Estas ideas serán impulsadas desde el púlpito por los sacerdotes y se extenderán hasta mediados del siglo xx en Colombia (Cortés y Figueroa, 2024: 57).

Margarita Caro incluye oraciones compuestas por ella misma, en las que le pide a Dios por el futuro del país: “¡Oh, Redentor mío! ¿Por qué no me diste la muerte antes que ponerme bajo el dominio de los que se han declarado enemigos tuyos?” (Caja 44, FHC). Esta característica del diario de Margarita es interesante, pues si bien se encuentran testimonios de niñas y niños participando en actos cívicos, esta participación se da a través de poemas e himnos (Zárate, 386). Las oraciones de Margarita niña, el discurso de su diario y el texto titulado “Pensamientos libres sobre la ingratitud” —“la más vil de todas las pasiones”, según su autora (Caja 44, FHC)— constituyen, más allá de palabras que exaltan el amor a la patria, como en los poemas e himnos, reflexiones que no distan en su profundidad o complejidad de las de Nisser o de las de Quijano, salvo los detalles de los que son testigos cada uno y del contexto que cada quien vive. Margarita refiere la lectura continua de publicaciones periódicas. Entre ellas menciona, sobre todo, un “Boletín”, aunque no es posible saber si se trata del Boletín Oficial o de alguno de los varios boletines que circularon por esos días y, sobre todo, está muy pendiente de las conversaciones de los adultos.

Frente a los hechos, Margarita manifiesta una posición clara, una opinión propia ante lo que sucede, una que expresa su indignación por las “injusticias” cometidas por los liberales, pero también —y esto resulta aún más interesante— una que puede expresar una crítica frente a los copartidarios del presidente Ospina. La “ingratitude”, a la que le dedica un texto completo de todos lo que componen el diario, se expresa en los conservadores que traicionaron al presidente Ospina, en quienes piensan que no hace lo suficiente por los “granadinos” (el país se llamaba entonces Confederación Granadina), cuando ha expuesto su vida a las balas, pero también en las mujeres que les piden a sus maridos que abandonen sus puestos en los cuarteles para venir a acompañarlas en las noches y a dormir con ellas. En el código ético de Margarita (y de su madre Blasina), hombres y mujeres deben cumplir con un deber patriótico, todas y todos pueden aportar a la defensa del gobierno legítimo, al igual que propugnan Martínez y Quijano en sus respectivos diarios¹⁴, más allá de que este sea liberal o conservador. Esta defensa está sustentada —en el caso de Margarita— en que solo el orden político e institucional permitiría que la república progresara, pues las continuas revoluciones impedían dicho progreso y sumían al país en la “barbarie” (carta a Nicolasa Ibáñez del 1 de octubre de 1861, Caja 25, FHC).

Durante todos los meses que abarca el diario, Margarita muestra una actitud activa frente a lo que sucede y la devoción católica es parte fundamental de ella. Es una niña que expresa rabia e indignación constantemente, que le pide a Dios su intersección para que ocurra un milagro y la “santa causa” gane, la que hace novenas para ayudar a que triunfe el partido conservador (y cambia de santo, cuando ve que uno no le está funcionando para cumplir su objetivo), la que sale a comprar algo de comer para ofrecerle a quienes se encuentran en la casa, la que dispone sus muñecas en posiciones divertidas para entretener un poco a las personas en medio de la situación, la que escribe una carta al R. P. (Reverendo Padre) José Joaquín Cotanilla de la Compañía de Jesús para expresar su tristeza por la expulsión —otra más— de los jesuitas, por orden de Mosquera, la que escucha atentamente y se impone a sí misma la tarea de escribir, de dejar un testimonio de lo sucedido para la historia de la patria (y de la familia). Claramente, el diario es una muestra de que, para este momento, los mandatos de no participar en y no hablar de política, así como los del ejercicio de la devoción católica desde el sentimiento de la

14. Hay aquí una relación con el diario de Soledad Acosta (1853-1854) —único diario íntimo de una mujer del siglo XIX colombiano que se conocía hasta ahora—, en cuanto al sentimiento patriótico. En el de Acosta, en una parte, se refiere la revolución de 1854, tras el golpe de Estado de José María Melo (que dirigía el ejército de los liberales draconianos, al que pertenecían los artesanos) al presidente José María Obando y, específicamente, la batalla que se libra en Bogotá; liberales gólgotas y conservadores (dirigidos por Tomás Cipriano de Mosquera, José Hilario López, Julio Arboleda y Pedro Alcántara Herrán) se unen para conformar el ejército constitucionalista (que Acosta apoya y el cual gana la guerra) y defender al gobierno legítimo.

resignación ante los designios divinos, no son asumidos por Margarita (como sí lo serán en el diario de 1867-1869), y no tienen que serlo, pues aún no ha recaído del todo sobre ella el deber de ser el “ángel del hogar”, impuesto a las mujeres en edad de casarse o casadas.

Margarita Caro es consciente de que escribe para otros y de ello encontramos varias marcas a lo largo de los textos que componen el diario. Expresiones como las siguientes demuestran una conciencia narrativa, un yo que se dirige a otros para contar una historia: “Contaré el modo como yo supe”, “dentro de unas pocas horas sabrá”, “para poder continuar la historia [...] es necesario que demos un paso atrás”, “volvamos a coger el hilo de aquella espantosa narración”, “escribir tan solo lo que me acuerde, y tal vez sin el rígido orden que he llevado hasta aquí” (Caja 44, FHC). Margarita se asume como responsable de, primero, dar cuenta de los hechos de una manera rigurosa, así no sea fácil por la cantidad de historias oídas y lo rápido que sucede todo; segundo, ella se asume como responsable de la construcción del hilo argumental para presentarle al lector o lectora (o a quien la escuche) una historia coherente en la que, sin embargo, no faltan los giros narrativos. Asimismo, la escritura como ejercicio para otros se evidencia en el hecho de corregir: los tachones y adiciones del manuscrito demuestran que había un proceso de relectura en el cual trataba de enmendar la cohesión y la ortografía del texto. Si bien esta corrección podría denotar el miedo impuesto a las mujeres de la época por entrar en un terreno que supuestamente no les correspondía, también es una muestra de la conciencia escritural de Margarita: visiblemente, este diario busca ser una escritura pública, acceder a un público lector, si bien, el primer objetivo es cumplir con un deber patrio. Esta escritura pública también se ve en una conciencia tipográfica que la lleva a subrayar o a escribir con letra de mayor tamaño ciertas palabras o frases que quiere enfatizar, y a diferenciar el discurso propio del ajeno poniendo este último en letra de menor tamaño.

Este diario de Margarita es uno de los mejores ejemplos de que lo público y lo privado no están tan separados como se pretende establecer desde la teoría y, más aún, para esta época, en relación con el papel desempeñado por las mujeres y por los hombres. Como ya lo han demostrado investigadoras como Ana Peluffo (2015: 219) y Pura Fernández (2015: 33), en el siglo XIX, lo público y lo privado son campos porosos y, especialmente, para las mujeres, el ámbito doméstico se convierte en su esfera pública; todo lo que sucede adentro repercute en el afuera y viceversa, como lo evidencia el papel que desempeña la casa de los Caro Tobar en el diario.

Aunque menos, también son porosas las relaciones entre liberales y conservadores; el diario nos muestra dos ejemplos de ello: el primero, la presencia en la casa de Margarita del general Francisco de Paula Diago, conservador, a quien visita Manuel Antonio Carvajal, su amigo del colegio, quien es liberal y jefe de las

caballerías de Mosquera¹⁵. Carvajal se ofrece a ir cada noche a la casa para brindar protección y todos aceptan. En otro episodio, un hombre conservador refiere el hecho de haber pedido refugio en una casa, para escabullirse de los “negros” de Mosquera; la casa es de las Herrera, liberales, quienes, en lugar de apresarlos, le ofrecen vino¹⁶.

Aun menos porosa es la separación entre la “plebe” y la “gente decente”; tanto en el diario de Martínez como en el de Margarita Caro, los pobres, los “indios” y los “negros” harán parte del ejército rebelde (liberal). En el de Margarita, además, un “indio” y un “negro” serán los protagonistas de uno de los episodios narrados por ella en los que entran a robar en una casa “decente”. En las guerras civiles, el pueblo ha sido usado como carne de cañón, no solo en los ejércitos, sino fuera de ellos. En los episodios narrados por Margarita, por ejemplo, son las empleadas domésticas las que deben, en primer lugar, salir a las calles a cumplir con los encargos de sus “patronas” y “patrones”, aún a riesgo de sus vidas; de ahí que sean ellas las que más noticias lleven y traigan a diversas casas. Muchos hombres, a cambio de algunas monedas, se dedicaban a llevar y traer mensajes a viva voz o en papelitos que se envían de unas casas a otras. Desde la derrota de los artesanos en la revolución de 1854, los sectores populares se aliaron a la causa liberal. Según María Teresa Uribe y Liliana López, este discurso de los conservadores en contra de las clases populares es común en la época y expresa el “miedo ancestral contra el pueblo movilizado” (2008: 23). De hecho, las investigadoras afirman que una de las mayores consecuencias de la Guerra de las Soberanías fue la acentuación de “algunos prejuicios raciales y regionales, desconfianzas y miedos de unas regiones contra otras, de unos partidos contra otros, de unos estamentos excluidos y otros sobrevalorados y representados, que contribuyeron a la fragmentación de la nación” (2008: 245).

15. El general Diago se encontraba herido. En la casa también había otro refugiado: Ignacio Gutiérrez Vergara, perseguido por Mosquera (Caro, s.f.: 19).

16. Las casas de los civiles también funcionaban como cárceles temporales, mientras decidían entregar al sospechoso o sospechosa al ejército.

Fragmento del diario de 1861 de Margarita Caro Tobar¹⁷

Diario circunstanciado del desgraciado y para siempre horroroso
18 de julio de 1861 en que triunfaron los rebeldes acaudillados
por el ex general T. C. de Mosquera

Varias noticias desgraciadas

El miércoles, diez y siete de julio de 1861, a las 9 o 10 de la noche, estábamos acostadas mamá y yo; y también estaban acostados Miguel Antonio y Eusebito [hermanos de Margarita]; y entró Eufemia [prima de Margarita] y nos dijo que Trinidad aseguraba oír tiros. Yo dije que eso eran las avanzadas que les gustaba tirotear. Eufemia dijo que no porque las avanzadas tiroteaban, pero por la tarde y no por la noche. Contesté yo que no creía eso que decía Trinidad; Eufemia dijo que sí lo creía y se fue y nos dormimos.

El jueves diez y ocho de julio de 1861, a las 7 y media de la mañana, entró mi mamá Pacha [abuela materna de Margarita] a nuestra alcoba y nos dijo: “Hijos, levántense que se están peleando”. Mamá nos dijo que ella no había dormido en toda la noche oyendo tiros. En fin; nos levantamos y comenzamos tristes a andar por los corredores. Misiá Mercedes nos contó la herida de Pérez.

Los tiros se oían perfectamente en el corredor de enfrente, primero del segundo tramo. Después vino Trinidad de la calle; yo bajé al cuarto de planchar con Avelina y Trinidad, que venía de “por allí arriba” (según dijo ella); nos contó los siguientes disparates, asegurando que ella lo había visto y fue esto: el gobierno estaba del lado de acá de una trinchera dando fuego y que después se habían cambiado las posiciones poniéndose los rojos tras de la trinchera y el gobierno del otro lado. Tal fue lo que contó Trinidad. Yo subí al cuarto del General [Diago] y allí conté lo que me había dicho T. Miguel Antonio, que estaba allí, dijo con razón que estos eran disparates de Trinidad, que no entendía de milicia.

Mi otra mamá se había ido a donde el ministro francés, para llevarnos a Eufemia y a mí, por temor de las tropelías. En esto llegó y nos dijo que no había entrado porque estaban aún durmiendo, pero que había pasado por la casa de don Raimundo Santamaría y que Clementina estaba en el balcón y que mi otra mamá [Zoila, tía materna de Margarita] le había dicho que por qué siendo Carlos O’Leary cónsul inglés no ponían la bandera, para estar seguros, y ella comentó que porque en casa ajena no servía la bandera, pero que apenas hubiera riesgo, se pasaría toda la familia a la casa de Santa Clara en donde pondría la susodicha bandera.

17. Caja 44 (FHC). La transcripción del diario estuvo a cargo de Martín Franco Zuluaga; la edición fue realizada por Margarita Valencia. Se conservan los subrayados y negritas del manuscrito original. Se actualizaron la puntuación y la ortografía.

Esto contó mi otra mamá y unos minutos después me peinó mamá, y nosotras (mamá, mi otra mamá, Eufemia y yo) salimos del gabinete y Mercedes Cabrera subía la escalera, y nos dijo muy alegre que ella con Fernanda había ido casi hasta el campamento y que había el gobierno rechazado a los rojos y otras mil cosas; me dio una oración a Nuestra Señora de Guadalupe para que la rezara cada rato.

Nos pusimos todos a almorzar porque mi tío Venancio, que había salido, ya había vuelto. Eusebito, que también había salido, ya estaba en casa. Mercedes se fue y después de almorzar estuvimos andando por los corredores.

Mi mamá nos contó que don Manuel Marroquín había pasado por la calle de casa y le había dicho a mamá que no creyera nada de lo que le dijeran, puesto que, en una acción, unos ratos parecía que ganaban los unos y otros que los otros. Se me olvidaba decir que cuando me estaba mi mamá peinando entró misiá Mercedes y nos dijo que las niñas se habían ido a oír misa prometiendo besar el suelo. “¿Que por qué cosa, Mercedes?”, pregunto mamá. “Pues para que no se maten, ¿no ve, Blasina?”, contestó misiá Mercedes; y mamá dijo: “Déjese de eso, Mercedes. Ahora en acciones nadie piensa; cada uno ruega a Dios por su santo”.

Como iba diciendo, después del almuerzo todos andábamos por los corredores oyendo que ya se aumentaba, ya se disminuía el fuego. En estas me fui yo para mi cuarto y al fin me puse a enseñar a Avelina a hacer llanitos; sentí alboroto, salí del cuarto y me encontré con Fernanda Cabrera que me aseguró que López estaba prisionero. Yo le di un abrazo muy estrecho por parabién; se vino conmigo a mi cuarto, en donde conversamos un ratito y después nos llamaron Eusebio y Trinidad para que fuéramos al gabinete a ver la acción, puesto que allí se veía perfectamente.

Fuimos y se veía el humo muy bien. Mi tío Venancio, que se había estado en la plaza (creo, pero no estoy segura), se había vuelto a ir con fusil y espada. Miguel Antonio, habiendo obtenido no sin mucho trabajo la licencia de mamá, se había ido al colegio. Mamá lo había amenazado a que si no volvía pronto iría mamá misma al colegio a buscarlo y que si no lo encontraba ahí se iba hasta el campamento. Miguel Antonio le dijo que bueno y se fue.

Después que estuvimos mirando un gran rato la acción, Fernanda Cabrera se fue para el Carmen [iglesia] y mamá se puso su saya para irse por Miguel A.. En esto comenzaron a sentirse balas ya en las calles y mi mamá a llorar por M. Antonio. En esto mamá le dice a Trinidad que por Dios vaya a donde el hermano Muguruza para preguntarle si está allá M. A. Trinidad se excusa diciendo que ya no se puede porque las balas ya están en las calles. “No importa”, dice mamá con viveza; “yo iré”, y dicho y hecho se puso la mantilla y se fue hasta la puerta de la calle, pero visto esto por Trinidad se fue con su pañolón. Ya ella vendría del colegio, cuando mi tío Venancio llegó a casa; nos encontró a mi mamá, Eufemia, las criadas y yo en la puerta de la calle esperando a Trinidad y mi mamá con ánimo resuelto de irse. Al ver aquello, mi tío V. se fue para el colegio.

Trinidad llegó y entró; mi tío V. estaba ya en la esquina. Entra por la cuadra la caballería de Mascachochas [Mosquera]. Mi tío V. estaba solo en la esquina.

Mamá se abalanza a la mitad de la calle y grita: “¡Venancio! ¡Venancio! ¡Véngase!” Visto que no lo [¿hacía?] y que un hombre de a caballo lo había cogido, se entró a la casa dando agudos gritos. Todos lloramos.

Se me olvidaba decir que unos minutos antes de haberse ido Trinidad, había don Sebastián Tovar pasado a caballo, a la carrera para arriba y le había dicho a misiá Emilia que habían cogido al Tuso Gutiérrez.

Misiá Emilia nos lo dijo y unos dos minutos después bajó también aprisa, pero no se detuvo; otros minutos después, volvía a subir más aprisa aun y le dijo a su familia: “Cierren las puertas y escóndanse” y siguió. Entonces fue que a mamá le entró más desesperación por Miguel Antonio y mandó a Trinidad a preguntar por él.

Como iba diciendo, todos en el cuarto del General llorábamos a mares. Habíamos visto que ya la gente de Mosquera había entrado por nuestra calle y a cada grito de “Viva Mosquera” soltaba yo el chillido.

Mamá decía que después del día en que había muerto mi papá [José Eusebio Caro], este día era el que había pasado más horroroso en su vida. Pero lo peor de todo era no saber si mi tío Venancio y Miguel A. eran de la región de este mundo o del otro. Los gritos que Eufemia daba eran capaces de amedrentar a cualquiera. En este doloroso estado estuvimos una hora y media hasta que comenzaron a dar unos golpes en la puerta fuertísimos. Salimos casi todos en tropel hacia la puerta de la calle; decíamos: “Díganos quién es porque no podemos abrir y qué quiere”. El hombre respondía: “Ábranme, que tengo que entrar”. Nosotros no le queríamos abrir por nada y al fin nos dijo que tenía un papel. Le decíamos que lo metiera por la rendija de la puerta y no quería. Al fin y al cabo le abrimos y entró un pobre hombre descolorido, casi medio muerto del susto. Pero ¡oh, Gran Dios! Tenía un papel. Lo abrimos y decía: “Madre me encuentro en perfecta seguridad. Venancio Cabrera”. Oh, consuelo grande; ya nuestros temores se habían acabado un poco, pero no bien porque algunos temíamos que estuviera herido y que le hubiera ordenado al hombre que nos lo callara. El hombre nos contó que mi tío V. estaba preso en casa de unas señoras. Yo le puse un papelito a mi tío V. en nombre de mi mamá Pacha; Eufemia puso otro en nombre de todos. Eusebio le puso otro al padre Blas, en nombre de mamá, rogándole que no le dejara salir a Miguel Antonio a la calle, si era que estaba allá en el colegio. Diéronle los papeles al hombre y le dijeron que le pagarían bien, pero también le exigieron que trajera respuesta del P. Blas. Fuese el hombre y nos quedamos, aunque apesadumbrados ya no tanto.

Al buen rato volvió el hombre con la respuesta del P., pero no era por escrito, sino por boca diciendo que sí estaba allá y que se lo tendría. Mamá sin embargo le daba aprensión de que no le escribiera el P. El hombre dijo que se iba a llevarle los papeles a mi tío Venancio, porque aún no se los había llevado.

Se fue al fin y dejamos a Trinidad en la puerta de la calle (pero esta cerrada), a esperar cuando golpearan. El fuego ya había cesado casi enteramente y comenzaron los golpes. Preguntamos quién era y contestaron: “Fernanda Cabrera”. Abrimos y entró Fernanda pálida como un muerto. Me contó que se había estado

en el locutorio del convento oyendo toda la furrusca. A otro rato, golpearon otra vez: era de donde misiá Mercedes, la mujer de Piedrahíta a preguntar, dar recado a mamá y a toda la familia de lo de mi tío Venancio y que la mandaran en lo que se nos ofreciera. Mamá justamente asustada le mandó a decir esto: “Que me haga el favor de mandarme decir si han herido a Venancio, o que si solo está preso”. La criada fue y volvió con la razón de que tan solo era preso y se fue.

A otro rato vino una criada de donde el señor que había cogido a mi tío Venancio y traía otro papelito que decía: “Está bueno y en seguridad. Venancio”. Fue para nosotros este último papel y particularmente para mí de gran consuelo, porque ya había temido muchísimo que mi tío Venancio era herido por la sencilla razón que no había puesto en el primer papel que estaba bueno y como en el segundo sí lo decía, me alegraba mucho. Contonos la criada que su amo Daniel Delgado no había dejado lancear a mi tío V. y que lo tenía en su casa en calidad de prisionero. Nosotros le mandamos una petaca llena de dulces, chocolate y pan, y creo que una cartica que le escribió Eusebio... Sí, me acuerdo ahora bien que mi hermano le puso un papel en nombre de todos. A lo mejor la detuvieron mucho, porque Eufemia se detuvo mucho llenando la petaca. Por fin se fue la criada con orden de mamá para que viniera todos los días por almuerzo y comida.

Otros golpes en la puerta: era Fernández que entró con más miedo que una gallina y nos contó temblando que él tenía intención de irse para el campamento a reemplazar a alguno de los jefes que hubieran herido, pero que antes se había venido a ver un momento al general D. y que en la esquina se había encontrado a una pandilla de negros de Mosquera; que le habían dado la mano; que él les había dado los dedos; que le habían pedido algo para beber a su salud; que él les había dado un real diciendo que no tenía más, aunque tenía el bolsillo lleno de fuertes; que se había entrado a donde las Herreras y que se habían portado muy bien, muy bien, perfectamente; que apenas él había sentido la escalera les había dicho: “Mis señoras yo sé que ustedes son liberales; yo soy conservador pero me van a coger, y les suplico que me permitan permanecer aquí entretanto que pasa el fuego”. Que ellas le habían contestado que con muchísimo gusto. Que después había entrado don Bernardo y que había pedido que le trajeran vino. Que habían traído y que le habían ofrecido diciéndole que no era por el triunfo, pero que por la emoción que tomara. Que él sí había tomado y que, en fin, después de que se habían aquietado las cosas, se había venido para casa.

Don Ricardo Diago, que desde antecitos de que Mosquera hubiera entrado estaba en casa, decía que él el cuidado que tenía era que en su casa estuvieran con afán. Cuando Fernández entró, mamá en la puerta le dijo estas palabras: “Señor Fernández... Haré yo mal en mandarlo... Pero qué hago..... Yo estoy llena de afán por Miguel Antonio... Usted me hiciera el servicio de ir al...”. “Si yo no puedo”, interrumpió Fernández, “porque me cogen”. “¡Ah! Bien, señor Fernández, corriente”.

A otro rato, misiá Mercedes vino y mamá, que ya sabía que les habían desarraigado las puertas a los padres jesuitas, pues que una mujer y un negro se lo habían

dicho, pero es conveniente añadir que estas dos personas eran rojas ambas o por lo menos la criada, porque decía: “Pues tuvieron que desarrajarles porque daban fuego de allí y por esto, aunque no hubieran querido, habían tenido que hacerlo porque era imposible por menos”.

Después de oír esto mamá y viendo que misiá Mercedes le había dicho a mamá que don Bernardo Herrera había impedido que les hicieran (no me acuerdo qué cosa) a los jesuitas, entonces mamá le rogó a misiá Mercedes que si no le daba miedo salir, fuera a donde don Bernardo para decirle que si le hacía el favor de sacarle del colegio y traerle a casa a Miguel Antonio. Misiá Mercedes contestó: “Bien, Blasina, yo voy porque a mí no me da miedo. Pues no vio cómo me vine ahora sin miedo; ¡solo por ver qué había sido de Venancio! Ahora mismo me voy”. Fue, en efecto, y algunos minutos después volvió: le dijo a mamá que don Bernardo no estaba en su casa y ella se fue para la suya. Viendo esto mamá, que estaba desesperada por Miguel A., nos dijo que se iba a donde misiá Bárbara Cuervo para hacer diligencias por M. A., para que volviera a casa. Aunque le hicimos la oposición a que saliera, se fue y Eusebito la iba a acompañar, pero mamá no lo dejó. Se fue y la pobrecita de mi mamá Pacha nos decía: “Déjenme irme con mi hija para que si la matan a ella, a mí también me maten. ¡Déjenme, por Dios! ¡Yo me voy con mi hija!”. “No, mamá Pacha”, le decía Fernanda Cabrera, “no, mamá Pacha, porque peor son dos que una”; yo también se lo decía y conseguimos que no se fuera. Nos sentamos en la escalera última mi mamá Pacha, Fernanda y yo. Como al cuarto de hora o 10 minutos volvieron a golpear. Fui a la carrera y le dije a Fernanda: “Ven porque a mí me da miedo abrir sola”. Fuimos ambas y yo dije: “¿Quién es?”. “Abra, mi hijita”, me contestaron.

Abrimos y entró mamá. Venía de donde misiá Bárbara, a la que no había encontrado en su casa, pero que en la calle había visto a Piedrahíta y a Maldonado, los que le habían prometido a mamá que, si podían, le traían a M. A.. Poco más o menos como a la media hora... no, como al cuarto de hora, vino Mercedes Cabrera por Fernanda; estaba muy triste y nos contó que estando ella mirando por su ventana, había pasado el Mascachochas a caballo y con su comparsa de titulados oficiales y que se había encontrado con un oficial rojo, y que le había dicho que si podía lo siguiera y que el oficial había contestado: “Señor, yo no tengo orden ninguna de seguirlo a U.”, y que Mascachochas le había dicho una y otra vez: “¡Sígame usted!”, y que ya le estaba pronto a meterle la espada, cuando el titulado oficial le contestó que sí lo seguía. Después que Mercedes nos contó esto, nos dijo esto otro: “Pues miren que si yo hubiera tenido una pistola se la había descargado al viejo ¡y me dio una grandísima rabia no tenerla!”. Entonces se quiso llevar a Fernanda, aunque mamá y yo no queríamos que se la llevara; pero Mercedes nos dijo que su mamá estaba afanadísima y que si no iban podía creer que les había sucedido alguna cosa. Entonces sí dejé que se fueran y yo misma les abrí la puerta para que se fueran.

No recuerdo bien si fue antes o después de que las Cabrerías se hubieran ido, cuando golpearon. Fuimos a abrir y quien golpeaba era el vecino Piedrahíta con Roche y Miguel Antonio. ¡Oh, alegría grande! Nos dijo el vecino que bien veíamos que se había entrado con muchísimo orden y que a donde los jesuitas habían tenido que entrar, por el fuego que les daban. Después que conversaron un ratito, el vecino se fue y nos subimos para arriba. En esto pusieron la comida (en el comedor grande) y Roche y Miguel A. no comieron, porque ya en el Colegio habían comido con los niños. Fuimos, pues, a comer sin ellos, a los que dejamos acompañando al General.

Fernández y don Ricardo comieron con nosotros y al primero, que todavía no se le quitaba el miedo de haber charlado con los negros, nos contó este cuento todo el tiempo que duró la comida.

Después de comer, cuando estaban todavía en la conversación de sobremesa, me fui para la cocina para ver si había comido Avelina y después de estar allí unos tres minutos, ya volvía para el comedor cuando Tomasa (la cocinera) me llamó con las otras criadas, diciendo que dos caballeros se descolgaban por el tejado. Al instante volví la cabeza y vi que, en efecto, los dos Orrantías se bajaban por el tejado. Llamé a toda la familia, la que acudió. Hablaron con el Orrantía mayor, porque el menor no podía ni aun hablar del susto que tenía. Don Joaquín nos dijo que había sido que había entrado gente a su casa a cogerlos y que una criada les había avisado, y que entonces se habían venido para casa a que los escondieran. Entonces mi otra mamá los llevó al cuarto del lavado y allí se subió al zarzo el mayor, y el menor ya se estaba trepando, cuando entró mamá.

“¡No! ¡No!”, exclamó, “no se suban ahí. Usted, señor Orrantía, bájese y usted señor Orrantía (dirigiéndose al menor), no se suban; ahí quedan enjaulados y a los zarzos es a la primera parte que buscan”. Entonces se bajaron y mamá los trajo a mi cuarto, en donde se estuvieron hablando del valor de Pérez, de su herida y de Anita, de política y de varias cosas que no recuerdo. Solo me acuerdo que dijo esto: “Pues ya yo me iba para el campamento a pelear y tenía mi caballo ensillado, cuando me vio una criada y se lo contó a mi mamá y a mis hermanas, que me cerraron la puerta, y no me pude ir; pues después llegó Pérez herido y entonces ya era imposible irme”.

Así se estuvieron toda la tarde. Como a las cuatro y media vino la señora de la casa en que estaba mi tío Venancio. Mi mamá Pacha, mamá y Eufemia fueron corriendo y a mí me dejaron, sí señora, acompañando a los Orrantías.

Pero como yo sé que el que se mete a redentor muere crucificado, no quise ser redentora y me fui a donde misía Fidelia (así se llama la señora) y dejé a los Orrantías solos. Eufemia sí me dijo que si los había dejado solos, pero no importaba; yo quería conocer a misía Fidelia, aunque se quedara solo el rey de España. Misía Fidelia nos dijo que mi tío Venancio decía que ese día había vuelto a nacer. Se estuvieron hablando un rato y unos minutos después me fui yo para donde los Orrantías, y a poco se fue misía Fidelia. El señor Fernández vino a mi cuarto y

se estuvo conversando con los Orrantías. Este señor, después de haberles contado tres veces la cosa de que se iba al campamento y que se había encontrado con los negros, y que había entrado a donde las Herreras y, en fin, todas sus historias que ya las había contado treinta mil veces, después de esto, digo, les dijo que él les había dicho en secreto a las señoras de su casa que el gobierno iba a perder. Después le dijo a los Orrantías que él se creía mucho, muchísimo mejor en política que el señor Calvo, que el doctor Uribe, y que los doctores Ospinas, que él habría dirigido mejor las cosas que ellos y así dijo otras cosas ese señor Fernández.

Yo me estuve aquí en el cuarto hasta las cinco y media acompañando a estos dos señores porque el señor Fernández por ahí como a las 5 [se fue]. Cuando mamá entró al cuarto, que fue a las cinco y media, Eufemia también entró y se estuvo un ratito hasta que mamá se salió y entonces se salió ella también, porque seguramente temía que al dejarla sola conmigo, yo me iba y tenía que quedarse acompañando a los Orrantías.

Yo iba a darle de merendar a Avelina, y me llamó Tomasa para decirme que una señora de la casa de los Orrantías decía esto desde su huerta a la cocina de casa: “Díganle a los niños que se vengán que ya no hay riesgo”. Entonces yo vine a mi cuarto y se lo dije a mamá y a los dos Orrantías; el mayor se fue a la cocina con mamá y se trepó al horno y gritó: “¡Dolores! ¡Dolores!”. Me parece que le respondieron diciéndole que se fuera para allá, a su casa. Él volvió a mi cuarto, habló con su hermano y lo dejó porque con el reumatismo o rematis no podía andar por los tejados de noche. Joaquín se trepó en el tejado y se fue a su casa. Después que se fueron, yo me fui al comedor y le di de merendar a Avelina, la que me dijo mientras tomaba su leche: “¿Ya no matan a mamo Venanso, mi siora Margarita?”. Yo le dije que ya no y después la acosté.

Trinidad le había pedido desde por la tarde licencia a mamá de ir a su casa, a ver qué había sucedido. A los tres cuartos para las siete o antes volvió Trinidad de la calle y me contó todo esto: que habían dejado la casa de su papá limpia y pelada, que había conversado con un negro y este le había dicho esto: “No ven mis señoras que nosotros no venimos a robar ni a hacer nada sino a darles libertad”. Que le habían dicho al negro que querían conocer al coronel Victoria; que el negro les había dicho que Victoria era todo un caballero; que cargaba unos ocho pajes para sus loros, otros tantos para sus gallinas, otros para sus perros y, en fin, otros para sus gatos y para todos cuantos animales hay en el mundo, porque era muy adicto a estos animales; que había conocido al negro Victoria; que era muy célebre. En fin, Trinidad contó tantas otras cosas que a mí me dio **rabia** y me fui para otra parte.

Fernández y Rafael Orrantía merendaron en casa, en el comedor grande. Estaban en la mitad de la merienda, cuando entró mi tío Venancio. ¡Mi tío Venancio, pues, y en casa! ¿Mi tío Venancio? ¡Sí, mi tío Venancio! ¡Ave María!

Le dijimos el día tan horroroso que habíamos tenido y él nos dijo que nos había considerado, pero que él no había podido por menos. “Pero díganos, Venancio”, le

dijo mamá, “¿no me oía que yo lo gritaba?”. “Sí”, respondió mi tío, “pero hay que ver si yo hubiera corrido me habrían lanceado”. “Es verdad”, dijo mamá.

Fernández le contó a mi tío V. su historia tan machacada con muchísimas digresiones. Nos dijo mi tío V. que las señoras de la casa en que estaba estaban tan pobres que se les conocía por encima. Mamá le dijo que todos los días le iba a mandar su almuerzo y comida.

Mi tío no se estuvo sino un cuarto de hora; entonces se fue con Delgado, puesto que este lo había venido a acompañar, y nos hizo una visita. Después de esto y que se fue mi tío y que merendamos todos, vino Juan Manuel Herrera a llevar al señor Fernández a su casa, porque este último no se atrevía a salir a la calle solo, porque por los grandes servicios que le había prestado al gobierno, lo cogían sin duda alguna. Herrera habló del asesinato del benemérito Obando, de la libertad de los liberales, etc.

Después se dijo que la manzana del ministro inglés estaba rodeada para sacar al señor Leonardo Manrique; “entonces yo no me puedo ir a casa”, dijo Fernández. “¡Y por qué!”, le dijo mamá, “porque me cogen” [respondió Fernández]. “No lo cogen”, le dijo Herrera, “yo lo acompaño.”

Se fueron al rato; yo tuve que estar hasta cerca de las 9 con el Orrantía, hasta que entró mi otra mamá. Tomó su leche aquí en mi cuarto y yo salí un instante al cuarto del General y volví. Mamá le hizo tender la cama a Orrantía en mi cuarto; después lo acompañaron todos hasta las 11 en que lo dejamos. A esta hora me fui a acostar con M.A. y E. y me encontré que la cama de este último estaba sin tender. Mamá regañó a Tomasa por la cama y por ahí a las 11 nos acostamos, pero nos dormimos a las 12 y media.



Hace tanto tiempo que comencé a escribir este diario, que ya no me acuerdo de todas las circunstancias perfectamente; así, tendré que contentarme con escribir tan solo lo que me acuerde y tal vez sin el rígido orden que he llevado hasta aquí.

Fuentes y bibliografía

Fuentes primarias

- CARO, Víctor E. (s.f.): *La juventud de don Miguel Antonio Caro*. Bogotá, Minerva. Bogotá, Fondo Miguel Antonio Caro, Biblioteca Nacional de Colombia.
- FONDO HOLGUÍN Y CARO. Cajas 25 y 44. Bogotá, Biblioteca Rivas Sacconi, Instituto Caro y Cuervo.

Fuentes secundarias

- ACEVES ÁVILA, Roberto (2018): “La continuidad de las devociones barrocas coloniales en la Guadalajara del siglo XIX (Zapopan y El Refugio)”. *Tzintzun. Revista de Estudios Históricos*, 68: 39-76.
- ACOSTA, Soledad (2004): *Diario íntimo y otros escritos*. Bogotá, Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- BELLO, Kenya (2016): “El arte de la caligrafía en el siglo XVIII. Aproximaciones a la historia social de la escritura en el mundo hispánico (España y Nueva España)”. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 7: 8-27.
- BERMÚDEZ, Suzy (1993): *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*. Bogotá, Uniandes-ECOE Ediciones.
- CARDONA ZULUAGA, Patricia (2022). “Hordas feroces, víctimas y beligerantes. Colombia en la guerra de 1859-1862 o la guerra por las Soberanías”. *Historia Caribe*, XVII, 41: 149-175.
- CORTÉS, José David y Helwar FIGUEROA (2024): “El discurso reaccionario de la Iglesia católica frente a los “enemigos” del catolicismo. Colombia en la época republicana (1820-1936)”. En CUERVO, Jorge Iván y Diego JARAMILLO MUTIS (eds.): *Contra la revolución. Pensamiento reaccionario. Una mirada desde Colombia*. Bogotá, Ariel-Externado, pp. 53-97.
- ESPITIA MÉNDEZ, Santiago (2017). Entre la fuente de lo sagrado y la fuente del pecado: Cómo se configuraba el comportamiento de las mujeres de la élite bogotana en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de su relación con el espacio doméstico. Bogotá, Universidad de los Andes. Tesis de pregrado. <https://repositorio.uniandes.edu.co/entities/publication/43be4c45-ee4c-418a-bc19-18bf1e06f4cc>
- FERNÁNDEZ, Pura (2015): “No hay nación para este sexo. Redes culturales de mujeres de letras españolas y latinoamericanas (1824-1936)”. En FERNÁNDEZ, Pura (ed.): *No hay nación para este sexo. La Re(d)ública transatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, pp. 9-58
- GARCÍA VILLEGAS, Mauricio (2023): *El país de las emociones tristes. Una explicación de los pesares de Colombia desde las emociones, las furias y los odios*. Bogotá, Ariel.
- HENSEL RIVEROS, Franz (2023). “La transfiguración de José María Samper: catolicismo y sensibilidad en el siglo XIX colombiano”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, LVII, 105: 41-55.
- LEJEUNE, Philippe (2009). *On Diary*. Manoa: University Of Hawai'i Press.
- LERMA MAYER, Sonia Yuruen (2024): “Participación de mujeres en guerras y sus escritos del yo: una revisión analítica”. *Historia y Memoria*, 28: 143-180.
- LOAIZA CANO, Gilberto (2014). *Poder letrado. Ensayos sobre historia intelectual de Colombia, siglos XIX y XX*. Cali, Programa Editorial Universidad del Valle.
- LONDOÑO VEGA, Patricia y Mario JURSIK (1995): “Diarios, memorias y autobiografías en Colombia. La biblioteca sumergida”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, XXXII, 40: 142-162.

- MARÍN COLORADO, Paula (2025). “El siglo XIX colombiano en el diario (1867-1869) de Margarita Caro Tobar. ¿Un caso de “censura” editorial y emocional?””. *Álabe*, 32: 153-172. DOI: 10.25115/alabe32.10241. Consultado el 01/07/2025.
- MURRAY, Pamela (2009). “Mujeres, género y política en la joven república colombiana: una mirada desde la correspondencia personal del General Tomás Cipriano de Mosquera, 1859-1862”. *Historia Crítica*, 37: 54-71.
- PELUFFO, Ana (2015): “Rizomas, redes y lazos transatlánticos: América Latina y España (1890-1920)”. En FERNÁNDEZ, Pura (ed.): *No hay nación para este sexo. La Re(d)pública transatlántica de las Letras: escritoras españolas y latinoamericanas (1824-1936)*. Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, pp. 207-224.
- QUIJANO OTERO, José María (1982): *Diario de la guerra civil de 1860 y otros sucesos políticos*. Bogotá, Incunables.
- URIBE, María Teresa y Liliana María LÓPEZ (2008): *La Guerra por las Soberanías. Memorias y relatos en la guerra civil de 1859-1862 en Colombia*. Medellín, La Carreta Editores.
- ZÁRATE TOSCANO, Verónica (2013): “El amor a la patria en la Ciudad de México decimonónica (1825-1850)”. En GONZALBO AIZPURU, Pilar (coord.): *Amor e historia: la expresión de los afectos en el mundo de ayer*. México, El Colegio de México, pp. 381-408.